

## AUGUSTO IGLESIAS

### ALFONSO REYES, HISPANISTA Y HOMBRE DE MUNDO

---

DESDE SU primera estancia en Madrid, y aun desde antes, los temas hispánicos preocuparon al fino espíritu crítico de Reyes. Cuando él penetra en ese Imperio bicéfalo —como águila que mirara a dos mundos propios y distintos— de las letras castellanas, Menéndez y Pelayo impónese sin contrapeso en tales vastos dominios. Los críticos españoles y americanos de aquella época, cualquiera que fuese su estatura, aparecen de todas maneras disminuidos ante las desmesuradas proporciones de humanista e investigador del polígrafo santanderino. ¡Ay, del audaz que hubiera intentado hacerle sombra! Como el Cid y su tropa, al abandonar la quietud de su villa,

*a la exida de Bivar ovieron la corneja diestra  
e entrando a Burgos oviéronla siniestra,*

ese temerario también habría visto el pájaro agorero, pero sólo a la izquierda, anunciándole supersticiosamente oscuros percances. . .

¿Era, acaso, Don Marcelino, infalible en sus juicios?

Pese a su inmensa autoridad, Menéndez y Pelayo peca de limitaciones graves, y —permítaseme una fórmula de Derecho—, *in utroque jure* de exceso de españolismo.

He dicho “españolismo” y no hispanismo. Voy a explicar, huyendo de anbigüedades, en qué hago consistir la diferencia.

Denomino españolismo no sólo el “amor o apego a las cosas características o típicas de España”, como define el Léxico esta

palabra, sino asimismo al desequilibrio de ese amor que, por falsas comparaciones hace desmerecer en quienes lo cultivan, todo cuanto no sea vernacular aunque ése o esos valores ajenos deriven del patrimonio ibérico o bien coincidan o se relacionen con él.

A la inversa, entiendo al *hispanismo* como la extensión a través de la literatura, el arte y el pensamiento del pueblo español del modo de ser hispánico, considerado éste a través de sus grandes valores estéticos y morales. La definición que trae el Diccionario de la Academia me parece demasiado estrecha, por eso empleo esta otra.

Ajustándome al sentido con que entiendo ambos términos en cuestión, es indudable que el "españolismo" de Menéndez y Pelayo le hace caer en injusticias flagrantes. Por otra parte —descontados su adhesión "a macha martillo" a la Iglesia Católica y su amor a España— este sabio magnífico no presenta un sistema de preceptiva invariable para situar las noticias aceptadas por él como ciertas, dándoles desde entonces, y para siempre, tono dogmático. No; cada vez que él necesita cambiar de postura, lo hace; y allí está, sin duda, su más alta respetabilidad de censor. Es tan honrado que comienza a serlo consigo mismo, sin esquivar la palinodia. Pero siempre le queda algo por hacer...

Ahora bien, entre los jóvenes de principios del siglo que se imponen ese trabajo de revisión de los viejos valores de la Literatura Hispana —mal enjuiciados o disminuidos por falta de perspectiva histórica muchos de ellos— Alfonso ocupa sitio de honor. Salta el mexicano a la arena del hispanismo en época de tensión mundial. Aún no ha resonado en Sarajevo el pistoletazo del estudiante Princip, el que, junto con tronchar la vida del Archiduque Francisco Fernando, Heredero del Trono Austro-Húngaro, desata la guerra de los Imperios Centrales contra el mosaico étnico de la otra Europa, unida temerosamente, primero, ante el peligro de perder sus mercados, y victoriosamente incapaz en seguida, después del triunfo, de administrar su bosque de laureles. Pero los hispanoamericanos conocen los versos admonitorios y proféticos escritos por Darío en 1893:

¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!  
¡Bajo aérea rotonda reposa tu gran Paladín!  
Del cíclope al golpe ¿qué pueden las risas de Grecia?  
¿qué pueden las gracias si Herakles agita su crin?

Es de imaginar que, de tanto oír el anuncio, el mundo hispánico ya está preparado suficientemente para resistir a los legendarios mirajes con que la Guerra demencial trata de presentarse con vestimentas democráticas o de Guerra Santa. Y así es. Cuando en agosto de 1914 estalla la terrible bomba de tiempo, España y la Hispanidad quedan fuera de la órbita del Conflicto. Todavía ¡feliz “todavía”! Madre Patria y veintiuna entidades republicanas, que cien años antes constituyeran un vasto Imperio, son capaces de transformarse en oasis de acogida ecuménica para el cristianismo amenazado. De suerte que Iberia preséntase por dentro y fuera de su ámbito geográfico, en esa hora crucial, con calidades de ubicuidad sacra.

Gran política esa de salvar a un sector del Mundo Viejo y a la mitad del Mundo Nuevo de los padecimientos de la Guerra. Mas ¿es sólo en esas fronteras del convivio internacional de germanizantes y “aliados” donde, bajo el embate de los ejércitos en pugna, peligran los acantilados de la Civilización?

Hoy se ve claro que no. El destino mismo de la Cultura Occidental estaba en duelo en esos instantes; y bien podría haberse repetido en la oreja del Dios Marte la prevención de San Agustín: *Multi adorantur in ara qui cremantur in igne* (Muchos que en altares son adorados, ardiendo están en las llamas).

Había que revisar, pues, el culto a los héroes; restringir a una medida justa la sumisión a los hombres simbólicos que reciben el incienso de las generaciones, y por motivo alguno de esta vida permitir la entrada en esa asamblea a los falsos dioses peruleros, ventrudos y con pies de barro, autores de graves delitos tanto como sembradores de cizaña. Porque existe también una Política del Espíritu, según la cual cada cosa debe ocupar su lugar correspondiente en la ordenación de los valores del intelecto, y nadie lucir —sin menoscabo de esta política de altura— más adornos que los propios.

He aquí una de las tareas impuestas, en esa hora, por el joven Maestro mexicano, a su cotidiana labor. De ese momento será asimismo un combatiente, no con el fusil al hombro, sino en la diestra incansable, la péñola del humanista, y, sobre la mesa de trabajo, en largas noches de vigilia, la pantalla verde de su lámpara de estudio iluminando las cuartillas en las que poco a poco se alinean los trolepes de una caligrafía nerviosa. . .

Firme soldado de la paz en aquellos trances, este enfrentamiento con la realidad bruta se convierte, para Reyes, en escuela de aprendizaje espiritual. Hiperestesiado por la barbarie ambiente, refúgiase en las capillas del Arte. *Con amore* profundiza la historia de los clásicos castellanos y hace, a este respecto, glosas de finura y acierto notables; pero, sobre todo, estudia a Góngora, el cual, más que ningún otro, recibiera de Menéndez y Pelayo golpes demoledores. Agréguese a esto que ningún poeta, en la historia literaria de España, fue atacado en su tiempo y por las generaciones pósteras con mayor inquina que el portalira cordobés. Tampoco ninguno más defendido que él. Rodeábanle montescos y capuletos; vale decir, amigos y enemigos de su escuela literaria; pues gente de la mayor talla intelectual de ambos bandos le desconocieron méritos o le rindieron pleitesía. De todas maneras, iban corridos cerca de tres siglos del advenimiento del "Cisne Andaluz" (nombre que le daban a Góngora sus feligreses), sin que espíritus sutiles de su raza intentaran la crítica adecuada de las producciones de este ingenio. Débese tal ausencia, parece, antes que a ninguna otra causa, a la deficiente perspectiva, en profundidad, de los críticos españoles para jugar lo ocurrido en el proceso evolutivo literario de la Europa renacentista. Mas sea lo que fuere, lo cierto es que en 1914 tal exergo de la obra gongorina comienza a imponerse desde afuera ganándose en la Península voluntades de primer orden. Desde entonces hasta hoy, señalado personero de esos nuevos puntos de vista es el catedrático español Dámaso Alonso, que desde hace varios lustros ligado a la tarea de reivindicar la oscurecida gloria del poeta de *Las Soledades*. Pero he aquí —nobleza obliga— que es precisamente Dámaso Alonso el primero en adelantarse a reconocer en los trabajos de Alfonso Reyes la inspiración de

su propia labor de exégeta de Don Luis de Argote; y no titubea en calificar al mexicano de “maestro y precursor de todos los nuevos estudiantes del gongorismo”.

\* \* \*

Es posible que en la América de habla española, en los años del siglo en que vivimos, haya algunos humanistas, tal vez varios, de iguales o más amplios conocimientos que los lucidos por Alfonso Reyes; pero es seguro que ninguno de ellos alcanzó hasta el momento de escribir estas palabras, una de mayor audiencia en los pueblos de raza hispánica y de tan considerada situación en los centros cultos del Mundo occidental. Y en esto, quizás, exista una razón profunda, referida a secretos dictados de la Justicia Inmanente. Porque nada hubo tan cerca del hombre del Renacimiento —en el cual buscan su arquetipo los enamorados de Grecia y Roma y por ende de todas las cosas que pueden saberse— el *de omni re scibili* de Pico de la Mirandola— que este varón ilustre a quien en continuas oportunidades consideraron los europeos como hijo suyo; y a quien su tocayo y compatriota el poeta Junco dijera de él que “había hecho mexicano lo universal para hacer universal lo mexicano”.

Sin embargo, es a causa de esta “universalidad” (por bien atribuida, aceptada por todos sin envidiosas protestas) que algunos pusieron una vez en duda el mexicanismo de Reyes.

Contestando a la velada sospecha de que con tal impugnación deseaban acusarlo de falta de patriotismo, Alfonso respondió aprovechándose de cierta entrevista que le hicieran: “No creo que el mexicano o lo mexicano sean un entequeia, si es que existan de toda eternidad y posean rasgos necesarios e inmutables”.

Si alguien, para merecer el nombre de *chileno*, necesita actuar como Caupolicán o Lautaro; o para ser peruano está obligado a comportarse como Atahualpa o Tupac Amaru, es posible que Reyes —siguiendo el camino de semejantes suposiciones— no haya tenido la pasta de un Moctezuma o un Cuauhtémoc. Pero de que Alfonso era mexicano ciento por ciento, profundo ama-

dor de su país, no cabe de eso la menor duda. Otra cosa es que él, *bona fide*, quisiera dejar de lado el espíritu crítico, el cual, cuando se pone en actividad, determina el desarrollo de la concurrencia cultural cuyo ascenso ideológico tiende precisamente a la internacionalización de todos los progresos de la sociedad humana.

No obstante lo antedicho sobre el "universalismo" en la temática de Alfonso Reyes —fue él, de manera notable y prolongada— un magnífico hispanista como señalé al comienzo de estas líneas.

Reyes, insisto, ancla muy joven en España. Había nacido en 1889 e ingresa en la carrera diplomática en 1913, pero dos años antes publica un libro —"Cuestiones Estéticas"— muy considerado tanto por la madura calidad del estilo como por los asuntos de alta crítica enfocados en esas páginas primigenias, entre ellos un Ensayo sobre *Las tres Electras* del teatro ateniense que hablan de una erudición extraordinaria para ser escritas por un muchacho recién salido de las promociones universitarias. De ahí que cuando llega a Madrid no se le reciba en los centros intelectuales de la Villa y Corte como aprendiz de literato o principiante. Mocitos sólo arrebolados de promesas o "porvenires", como acostumbraba decir en broma Ricardo Baeza, no causan sensación aunque ellos lo crean; por aquello de que los "porvenires", a semejanza de las "promesas" y de las "buenas intenciones", raramente se cumplen y cuando esto ocurre más bien defraudan que enaltecen. No; a Reyes se le recibe en Madrid en calidad de joven maestro, y desde entonces hasta la hora de su muerte, esa consideración va en *crescendo* a través de los años, sin perder nunca su consistencia privilegiada. Viejos y jóvenes en la Ciudad el Oso y del Matroño, guardan por Alfonso Reyes no sólo el afecto al diplomático irreprochable, sino también —lo que rebalsa el formalismo del protocolo— respeto al artista y al erudito; por categoría propia, ejemplares.

Reyes pagó en la mejor moneda esta consideración afectiva, pues buena parte de su obra del tiempo mozo y la madurez, dedícala a estudiar las fuentes del clasicismo español. Esta actitud de su magisterio no desvía, sin embargo, el cariño a Mé-

xico para dedicarse a simples ponderaciones de la tierra vernacular de sus antepasados en el solar hispano, sino, en cierta manera, a rebuscar, valiéndose de los cauces del afecto, el ensamble entre el espíritu de Iberia y el alma de Anáhuac. Actitud novedosa, en realidad, porque nunca, en el siglo xx, se consideró, hasta entonces, la incorporación de Occidente en nuestra América en sentido de "encuentro" de culturas y estudio de su profundidad étnica.

Así, por ejemplo, al engolfarse en Góngora, del brazo del sabio Foulché-Delbosc, rastrea como quien busca una aguja perdida en un pajar, todas las veces que Don Luis se refiere al Nuevo Mundo, y aún, como en retribución, se adelanta a justificarle por las pepitas de áureo metal que en esas arenas nos corresponden. Anoté párrafos más arriba, que Reyes cuéntase entre los primeros críticos de habla española que da carta blanca al culteranismo después de los intentos de decapitación del *Cisne andaluz* emprendidos por Menéndez y Pelayo en reiteradas ocasiones. Pero... ¿cómo el mexicano no iba a justificar a Góngora si con ello también absolvía, en la medida que de "cultismo" le toca, a la dulce Sor Juana Inés de la Cruz, su hermana, en las Musas, de la Anáhuac colonial?

No es menor, naturalmente, su interés por Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

Alarcón es mexicano de nacimiento. Vino al mundo posiblemente en 1581 en la que fuera antigua Tenochtitlán. Sus primeros estudios, y aun los universitarios, los efectúa en su patria; así el 21 de febrero de 1600 obtiene en la Universidad de México el pergamino de Licenciado en Leyes. Pero en seguida se dirige a la Península. Llega a Sevilla en agosto; y antes de fines de ese mismo año de 1600 se recibe, en Salamanca, el 25 de octubre, de bachiller en Cánones; y dos años más tarde, el 3 de diciembre de 1602, de bachiller en Leyes.

A pesar de lo dicho, nos cuesta darle a Ruiz de Alarcón patente de escritor hispanoamericano. A través de sus comedias, a primera vista, sólo veremos a un escritor español, típicamente español. Nada, diríase, le diferencia de los escritores peninsulares arraigados, sin posible evasión, en la "piel de toro". Sin embargo Reyes, y con él la flor y nata de los escritores mexi-

canos (a partir de una conferencia dada sobre este propósito por el dominicano Pedro Henríquez Ureña, en 1913) reclaman a Don Juan para sí. Porque si en verdad los temas de Ruiz de Alarcón no se escapan de la órbita hispana dentro del papel jugado por ésta en el concierto europeo, lo subjetivo en él, lo perteneciente a sus reacciones anímicas más profundas, se diluye, con tranquila delicuescencia en el *ethnos* americano.

“La Ciudad de México —anota Reyes— fundada según las líneas de la Villa española, tenía ya, a fines del siglo XVI, un carácter propio impuesto por las condiciones sociales en que se desarrolla la Conquista. La raza triunfante vivía de la raza postrada, y todo criollo, por el hecho mismo de serlo, estaba acostumbrado a portarse como señor. Pronto la sociedad cobra un tinte de reposada aristocracia, que contrasta vivamente con el ímpetu aventurero del español recién venido. Mientras las Indias son para el peninsular algo como un revuelto paraíso de lujo y de placer, el nativo de ellas las tiene por tierras de natural nobleza”.

Son estas diferencias sociales y por ende sicológicas (que Pedro Henríquez Ureña, cronológicamente, fue el primero en señalar con certera agudeza) las que todo crítico debe tomar en cuenta en la obra de Ruiz de Alarcón; y Reyes nunca las deja de tener presente cada vez que habla del autor de “La Verdad Sospechosa” en las siluetas que dedica a este trasunto humano de una época, por grandiosa, deforme. ¡Espíritu y bípedo desventurado Don Juan Ruiz de Alarcón! Porque hombre de tan altas y superiores calidades de observador en la pintura de las costumbres, como él fue, en lo tocante, sin embargo, a su simple categoría biológica, es un perseguido de la Fortuna; pero no para sentirse acunado entre los brazos de la voluble divinidad, como ocurriera v. gr., con Lope (predilecto y prolongado amante de esta diosa) sino para herirlo y menospreciarlo hasta grados de crueldad inaudita.

¿Estaría de más trazar a grandes rasgos la figura de este haz mereir genial, a quien la sátira supone que no es *Don*, ni *Alarcón*, ni *Mendoza* y apenas si le da derecho a considerarse *Ruiz*?

No existe iconografía auténtica de Ruiz de Alarcón y, en los retratos literarios que de él se conservan, debe descontarse siem-

pre la hipertrofia caricaturesca. Mas, en la Iglesia Parroquial de Taxco, ciudad mexicana donde residía la familia del comediógrafo, hay un retrato donde se le ve con un cuerpo gigantesco (idea del pintor) dispuesto para una cabeza copiada, acaso, entre los años 1609 a 1611. Se trata, pues, de un invento, ya que Ruiz de Alarcón era pequeño, a causa de su doble joroba, la cual valió a sus adversarios para compararlo con el enano *Soplillo*, que aparece junto al retrato de Felipe IV, en un lienzo de Villandrando, actualmente en el Museo del Prado. Ahí vemos a ese Austria con la mano derecha apoyada en la cabeza del enano. Cuando el Rey era niño, su tía la Infanta Isabel Clara Eugenia, habíale enviado de regalo, desde Flandes, aquel pequeño monstruo; a partir de entonces *Soplillo* fue para el Monarca una de sus más gratas compañías.

Tales muestras vejatorias en contra de Alarcón, parecen no tener fin. Reyes abunda en pruebas de esta clase lucubradas en befa de su compatriota del siglo XVII. Cabe decir, entonces, que la figura del primer comediógrafo criollo ha sido calcada, en su mayor medida, en sátiras o panfletos donde se le escarnece; y sólo en parte reducida, además de dudosa, teniendo presente algún retrato pictórico de su tiempo. Lo que de él sabíamos, pues, cabe en la tarascada del odio, por lo tanto debe evaluarse con precaución... En su siglo le citan para reírse de él, rara vez para aplaudir sus aciertos. Su defecto físico lo extienden inconscientemente, o a sabiendas a su obra de escritor, reemplazando al artista por una caricatura... "Sus corcovas —anota Reyes— son ya proverbiales, pero los testigos de informaciones se abstienen, por urbanidad, de aludirlo". Siempre, por cierto, que no se trate de llevarle a la picota. Luis Vélez dice "que parece acolchado con melones", y al verlo venir de lejos nunca supo "si iba o venía"; y el Regidor Juan Fernández, por no ser menos, populariza estas quintillas que no hay estudiante de humanidades en Hispanoamérica no sepa de memoria:

Tanto de corcova atrás  
y adelante, Alarcón, tienes,

que saber es por demás  
de dónde te corco-vienes  
o a dónde te corvo-vas.

No le examinan en cuanto hombre, menos como a poeta. Leyendo a los críticos suyos, creeríase oír el disertado de una academia de zoólogos examinando a un caracol o a una tortuga. Así, Góngora le mira como si Don Juan fuera un ostión, y deteniéndose en los promontorios de aquella espina dorsal deforme, la describe de este modo: "La que adelante y atrás —gémina concha te viste". Juan Pérez de Montalván piensa que es "un hombre que de embrión— parece que no ha salido"; Quevedo lo denomina "Don Talegas —por una y otra parte". Lope no es menos tigre; y hasta el mismo Tirso de Molina, a pesar de contarse entre los pocos amigos de Alarcón, es posible que haya dicho en privado algo peor de cuanto en público dijo o pudo decir.

Comprende Reyes el doloso papel desempeñado por la crítica, cuando ésta es inhábil para superar sus odios o antipatías, y olvidando las finalidades del buen gusto literario hace gravitar ese lastre síquico en desmedro de las obras llevadas a su consideración. De ahí la actitud revisora de Alfonso, cumplida con fraterna minuciosidad, y, también, su exigente tarea de hispanista integral, que lucha por limpiar de escorias las prístinas fuentes del Habla indo española en las latitudes del Nuevo Mundo. Tiene razón, pues, cuando al término de esa jornada, en el tercer centenario de la muerte de Alarcón, el gran crítico mexicano se empina con gallardías de *Chanteclair* y anuncia la proximidad de la luz solar que ha de barrer las últimas sombras engañosas.

"La verdad es que Alarcón —dice— yacía bien arropado y envuelto entre la mortaja de la crítica académica. El voluminoso libro de Luis Fernández-Guerra y Orbe —hoy casi en un todo rectificado; y tan abundante en noticias dudosas como escaso de verdadera crítica— le servía de túmulo solemne. Y aunque andaban por ahí excelentes páginas sueltas sobre su obra, y ante todo la del perdurable Menéndez y Pelayo, faltaba llegar hasta las últimas consecuencias del juicio".

Y más adelante; uniendo el nombre de Alarcón al de Sor Juana Inés de la Cruz, canta su loa:

“Juan Ruiz de Alarcón, Juana de Asbaje, ¡oh, qué grandes Juanes de México! ¡Qué voces claras, únicas, diferentes de las demás, para entrar al fin en el coro y hacerse sentir en el conjunto! ¡Son nuestros de pleno derecho, hasta donde es lícito decir que una cosa es propia, sabiendo que todo está en todo! ¡Nuestro él por la diserta y urbana manera, de que la nueva sociedad colonial vivía como enamorada entre su señorío provinciano y su candorosa exaltación del buen decir y de los buenos pañales, asuntos de que las ruidosas metrópolis nunca han hecho muy grande caso! ¡Nuestra ella por el fervor de autodidactismo — fruto feliz de la provincia que la lanza sola y ardiente, a conquistar el universo con el estudio y a navegar en su esquife los mares de la enciclopedia y la poesía, en el afán de saberlo y entenderlo todo, antes de depositarla a la postre en la orilla de la piedad, donde otra vez todo se olvida! ¡Nuestro él, nuestra ella, los dos Juanes de México nobles medallones familiares, apellido de nuestras letras!”

A un escritor dedicado así desde la edad del bozo tempranero a trabajos de tan distinta y crudita reivindicación podría creérsele, por su oficio, un monumento de circumspecta gravedad. Individuos de igual gremio o categoría se compartan a menudo como si fuera de pasta diferente al común de los mortales. Según la frase humorística de Julio Camba, piensan —a lo Napoleón al enfrentarse con las Pirámides de Egipto—, que hasta cuando ellos se desvisten “cuarenta siglos los contemplan”... Este regiomontano con carta de ciudadanía en todas partes del Orbe, es la excepción de la regla; el mismo Alfonso de México fue siempre varón de sensibilidad extrema, un gran señor de trato bien centrado, donde la palabra, el gesto, la mirada, matizábanse con esa ironía maliciosa, undívaga, propia de la gente de su tierra. La charla de Reyes no cansaba nunca. Abundante en anécdotas, preciso en la oportunidad de las citas, siempre, en el discurrir de su conversación, sus im-promptus calzaban como anillo en el dedo. Aunque esposo ejemplar, en el hogareño sentido de esta dicción, amaba con saboreo de excelente catador, la frecuencia y trato de las damas; mucho más si éstas lucían inteligencia; prefiriendo, claro está, a las agudas aunque éstas no fueran, particularmente, rivales de ninguna de las Tres Gracias.

Como estuvo largo tiempo en la carrera diplomática —la diplomacia de comienzos de este siglo, servida, a la manera tradicional, ya por aristócratas de la *belle époque* o ya por grandes señores de la burguesía—, es razonable que bien pudiera haberse contagiado con la modocidad frívola de aquellos círculos cortesanos o pseudo cortesanos. Pero como él mismo hallábase unido por antiguos vínculos familiares al medio de la vieja sociedad Virreinal de su patria, la costumbre de ese trato fino le imprimió carácter. Aun en momentos de estricto protocolo, la impronta social se traducía en su conversación en limpia espontaneidad y cierta elegancia interna, la cual nunca se aprende, según parece, de buenas a primeras.

Cabría citar a este respecto varias anécdotas que se le atribuyen; me contentaré con citar sólo una, eso sí que garantizada con la propia firma del autor:

Cuando don Venustiano Carranza se hizo cargo del Gobierno como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, a fines del año 1914, Reyes, entonces Secretario en la Legación de México en París, salió del Servicio. De ahí trasládase a Madrid llevando en sus maletas multitud de libros, y entre ellos, con las arrugas de rigor, la casaca diplomática y, junto a ésta, el espadín de dorado puño, obligatorio en esos días para las exigencias de la tenida de gala (diré entre paréntesis que el uniforme del Cuerpo Diplomático mexicano se suprimió, por Decreto, en 1921). Cuatro años después, es decir en 1918, Amado Nervo, destacado en Madrid, escribe a Reyes una tentadora misiva:

“¿Querría usted —preguntábale— vender a un compañero su vencedora espada o estoque diplomático? Creo que no le servirá a usted más que de estorbo y cuando vuelva a la Carrera, lo podrá comprar en cualquiera parte. No es para mí, pues yo tengo completo mi uniforme. Pero al Ministro don Eliseo Arredondo le haría usted un favor pasándoselo al precio que le hubiera costado (condición absolutamente indispensable, pues no es prenda que puede desmerecer, sino al contrario, por ser usted quien la ha llevado). Si tuviese algún día alguna cuestión personal, yo le prestaría el mío”.

A estas letras, Reyes le contesta a Nervo con los siguientes versos:

No se han de tratar en prosa  
los conciertos de la espada,  
que sólo al romance heroico  
la tengo yo acostubrada.

Dígame tú, Amado Nervo,  
si hay quien se atreve a compralla,  
a cuanto la he de vender  
y dónde debo entregalla.

No está vieja ni mohosa,  
que vive muy descansada,  
como que ha cinco años  
está en un rincón guardada.

No sé lo que me costó  
ni a cuanto debo cobralla,  
mas sé que por cien pesetas  
otra mejor no se halla.

Si conviene, trato hecho,  
y que manden a buscalla,  
que me hace a mi mucha sobra  
y a él le hace mucha falta.

Yo le quedo agradecido,  
y en buenas manos mi espada;  
que la sepan esgrimir  
como el Ministro Mudarra<sup>1</sup>.

(Unos rengloncitos más,  
como insinuante postdata:  
Tengo todo el uniforme  
¡Por si hay quien tenga mi talla!)

En Enero, y en Madrid,  
—de gatos por doble causa—;  
en la calle de Pardiñas,  
y fecha en esta su casa.

<sup>1</sup>*Mudarra*: Debe tratarse del sobrenombre de algún personaje conocido de los dos; si es que no se refiere al hijo bastardo de Gonzalo Bustos, padre de los Siete In-

fantes de Lara. Vengó Mudarra la muerte de sus medios hermanos matando a Ruy Velázquez de Lara, su tío, por cuya traición los Infantes fueron asesinados.

El poeta Nervo —que no por que sí tenía fama de vate—, no demora ni un tris en contestarle a su ex colega en igual forma lírica, es decir, en versos de ocasión, expresándose de este modo:

    Mi querido Alfonso Reyes  
    mi ilustre Reyes Alfonso;  
    ha calentado mi sangre  
    tu altivo romance heroico,  
    de tal modo y tal manera,  
    de tal manera y tal modo,  
    que, “el delgado papel rasgo”  
    donde la Waterman pongo!

    Vive Dios, que ese tu acero,  
    limpio de paja y de polvo,  
    lo esgrimirá sólo mano  
    de la que digan los pósteros:  
    “¡No lo sacó sin razón,  
    ni sin honor envainólo!

    En Madrid, a veintitrés  
    de Enero: San Ildefonso,  
    de su Majestad el Rey  
    de España excelso patrono.

    Dios te guarde Alfonso Reyes,  
    a quien quitando el “es”, solo,  
    puede sin mengua decirse:  
    ¡Dios te guarde, Rey Alfonso!

A dichos versos después de su firma, Amado Nervo agrega la siguiente nota:

    Postdata trivial: adjuntas  
    van cien pesetas (bien poco  
    para tan invicta espada  
    y paladín tan glorioso).  
    Puede, a Villanueva 4,  
    mandar el acero indómito.

Pero esta anécdota histórica no termina aquí; el reloj de arena de la Vida tiene muchos granitos, y no se sabe cuándo,

en la caída de ellos, uno cualquiera, cambiará el curso de nuestra carrera hacia la muerte. Y así pasan los años, y un 24 de junio de 1920, el Ministro mexicano don Eliseo Arredondo, salido del Cuerpo Diplomático, recibe ahora una carta de Reyes, en que ésta le solicita —si no tiene motivos en contra— la retroventa del espadín, pues él, de nuevo, acaba de ser reincorporado en el Servicio. El ex Ministro Arredondo, ni corto ni perezoso no demora en devolverle la codiciada prenda, también con otra misiva en verso, la cual termina así:

“Mas quiero que sepa usted  
(si nada su gloria empaña)  
que por suyo, sólo fue  
en aventura romántica  
usado, muy digna de  
vuestro lustre y vuestra fama...

Desgraciadamente el famoso espadín no sirvió a Reyes sino el breve lapso de unos pocos meses, pues, —ya lo dije— el Gobierno mexicano suprimió, en 1921, el uniforme de gala usado hasta entonces por sus Misiones en el extranjero.

Y ahora siguiendo a nuestro ilustre colega en su trayectoria de hombre de mundo, diré que tenía también su talón de Aquiles, propio por otra parte, o muy común, entre quienes frecuentan el trato social exigente y se adhieren a sus gustos; quiero referirme a su afición por la buena mesa. Casi hasta la última etapa de su vida, nuestro amigo fue un *gourmet* impenitente. Alfonso sabía tanto de guisos como de clásicos griegos y latinos, y sus recetas recogidas en todas partes del Mundo donde él estuvo, podrían formar un volumen si no tan grueso como el *Gran Dictionnaire de Cuisine* escrito por Alejandro Dumas (padre), por lo menos igual en reflexiones y pensamientos al *Tratado de los Excitantes Modernos* de Balzac, y tan castizamente escrito como el *Arte de Cocina* de Martines Montiño, clásico de nuestro Idioma. Eso no quiere decir que Reyes no se haya atrevido a publicar, por temor a los tontos graves de su país y de otros, que en el Mundo han sido..., cuanto pensaba de la buena mesa. No, por cierto; en dos libros suyos, hoy día casi inencontrables en edición original —*Mi-*

nuta, y *Memorias de Cocina y Bodega*—, expande su buen humor y conocimiento en la materia, con gracia, *sprit* y amabilidad verdaderamente deliciosos.

*Minuta* es un conjunto de reflexiones en verso, que el autor denomina "Juego Poético". Cuando sale a luz en 1935, no hubo pesadez ni tontería que los pequeños zoilos, nunca olvidadizos, si se trata de acallar las trompetas de la Fama, le prodigaron de consuno. Reyes, escritor, en su madurez, fecundo y solitario, a veces leyó algunos de esos pasquines, y era, quizá, aunque parezca exageración, el único que los celebraba. *Minuta* es un entrevero, hay en él de todo un poco, sobre todo de cosas referidas al paladar. Principia con esta *Loa a la cocinera*:

El vecino y la vecina  
el ahorro semanal.  
El honor de la Cocina.  
La tradición nacional.

Hoy es cuando la raqueta  
Hoy es cuando las machoides  
El afán de la silueta  
Y el mito de las tiroides.

Edad pálida enjuta

Quién come y bebe hoy en día  
—De la abolida minuta  
oíd la filosofía.

Ahora una muestra de esas filosofículas:

#### LA ENSALADA

Lechuga, tomate, escarola,  
cebolla honesta y ajo vil,  
de generoso aceite una ola  
y náufragos de perejil.

Rábano de alcanfor y almagre  
y pimiento de bermellón,  
y al desorbitado vinagre  
preferir el cuerdo limón.

En *Memorias de Cocina y Bodega*, sin que la sonrisa y el *sprit* dejen de moverse por las 175 páginas del volumen con zumbar de enjambre en la dulce estación, el tono es más contenido y, a veces, hasta presuntivamente serio. Al hablar, v. gr., del apetito de sus connacionales no retiene la fibra patriótica y escribe con soltura:

“Seguramente que la cocina mexicana es una de las cosas más características de nuestra tierra, junto con la arquitectura colonial, la pintura, la alfarería y las pequeñas industrias del cuero, de la pluma, de la palma, de la plata y del oro. El guiso mexicano y la jícara pintada con tintes disueltos en aceite de chía obedecen a un mismo sentimiento del Arte. Y se me ocurre que la manera de picar la almendra o triturar el maíz tiene mucho que ver con la tendencia o despedazar o miniaturizar los significados de las palabras mediante el uso frecuente del diminutivo”.

Como chileno y tantas veces viajero en ese hermoso país, me parece estarlos oyendo “*en la merita esquina*”, “*lueguito*”, “*ahorita*”, “*ahoritita*”...

Cuando Reyes habla aquí de licores, su entusiasmo no es menor, aunque deja de ser mexicano para convertirse más bien en un francés contemporáneo de la “*tourne*” del Gran Duque de que habla Eça de Queiroz, vale decir de los mejores tiempos... Oídllo:

“El licor no es un mero compuesto de alcohol, agua destilada, azúcar y una esencia determinada. El destilador prepara sus licores como el cocinero sus salsas y condimentos. Y así como el arte de la cocina está en el cotejo de los sabores en torno a un sabor principal, así el licorista se entrega a una orquestación semejante, sujeta a sus leyendas armónicas y a sus dosificaciones precisas”.

Y para certificar lo que está diciendo cita una obra anónima de 1765 —*Nueva química del gusto y del olfato*— donde se traen a colación las fantasías del jesuita Castel. Este hijo de Loyola (según la transcripción hecha por Reyes), establece correspondencia entre las siete notas fundamentales y las siete sensaciones del Gusto:

*Do*, es el ácido; *Re*, el insípido; *Mi*, el dulce; *Fa*, el amargo; *Sol*, el agridulce; *La*, el austero; *Si*, el picante... El *Sol* y el *Si*, mucho menos gratos, puede mejorarse subiendo o bajando un semitono. "*Do-Fa* —anota Reyes— sería ya insoportable; por ejemplo: vinagre mezclado al ajeno... Y, sin embargo —añade—, yo conozco algunos *cocktails*..."

Pero ya es tiempo de volver a la tradicional seriedad académica, y pido perdón a los lectores que pudieron imaginar que un hispanista y hombre de tan indiscutido prestigio como Alfonso Reyes, estaba imposibilitado para hablar de semejantes cosas. Lo lamento también, mas, no por Reyes sino por la herida que haya podido sufrir la gravedad de tales hipotéticos arcontes a los cuales Dios acompañe y luego les dé gloria.

\* \* \*

Vi a Reyes por última vez, cinco o seis semanas antes de su tránsito. Me acompañó en esa visita José Vasconcelos, que había de partir ocupando el primer lugar en una lista de beneméritos desaparecidos en 1959.

Nos recibió en el altillo de su biblioteca. Desde que los médicos le prohibieron subir y bajar escaleras las menos veces posibles, acostumbraba recibir en esa especie de entarimado o entepiso construido al fondo de la sala de su enorme librería, en cuyos anaqueles alineábanse más de 40.000 volúmenes, referidos a las Artes, Ciencias y Letras, a través de las culturas historiografiadas de la Humanidad. Esa fue, también, la constante preocupación de su ejemplar vida de estudioso y trabajador intelectual. El altillo antedicho comunicaba por un pasadizo, con las aposentaduras privadas de Reyes. Ahí almorzaba frugalmente y permanecía hasta el atardecer. Raras veces bajaba de este "pináculo" —como en broma comentaba Vasconcelos— si no era para trasladarse real o metafóricamente... a Cuernavaca.

La traída de textos de consulta de la parte baja de la biblioteca y la búsqueda de bibliografía para sus trabajos, cuando no los hacía don Juan Arellano su ayudante más próximo, los realizaba Manuelita Mota, su incomparable compañera.

(Me he referido a Cuernavaca, porque Reyes —se comenta entre sonrisas— en los últimos años de su vida recibía a muy poca gente y por lo general sólo a íntimos amigos o personas de su distinción particular. Para evitar compromisos, cuando alguien le solicitaba una entrevista en casa, la persona encargada de atender el teléfono respondía invariablemente: “*Don Alfonso está en Cuernavaca —donde él tenía una propiedad— y no se sabe cuándo regrese...*” Claro que algunas veces eso era cierto; pero la mayoría, no.)

Ahí en el altillo conversamos sobre variados y movidos temas, particularmente sobre Goethe... Vasconcelos —siempre algo iconoclasta tratándose de los neo-paganos— dijo algunas cosas espeluznantes en contra del poeta de la tragedia de FAUTO. Reyes, conmigo a la zaga, rebatía a Don José, mientras Manuelita, la tiernísima esposa, sonreíase con bien justificada diversión del abigarrado bric-a-brac de nuestra charla.

Vasconcelos por sus quehaceres en la Dirección de la *Biblioteca México* hubo de retirarse antes del mediodía. Me quise despedir junto con él, pero Manuelita y Reyes insistieron en que me quedara. Alfonso estaba de excelente buen humor, y como la gentil dama tiene una memoria oportuna, dióse ella a recordar hechos y personas conocidos de los tres, lo que nos permitió volar en el tiempo en medio de nubes de añoranzas...

Me despedí con un apretado abrazo; al hacerlo, dolorosa intuición decíame que esa sería la última vez que, físicamente, iba a usufructuar del privilegio de cambiar ideas con aquel grande espíritu.

Sí; este varón que ahora elogio, fue a la vez, y sin menos-cabo para su sabiduría, un mundólogo condicionado por las Musas para no aburrir a su auditorio. Pero, antes de nada, destacándose por sobre cuanto he dicho, era Alfonso Reyes perfecto caballero y hombre químicamente bueno, especie de *homo sapiens*, difícil de abundar en parte alguna del mundo, por hallarse en vías de extinción... Desde luego, diríase desposeído de la glándula de la venganza. A quienes lo atacaron o hirieron en su cordaje de artista, fue a los que más sirvió, olvidándose de agravios recibidos. Y me figuro que no por modestia, sino, quizás, por exceso de altivez sabiamente controlada. Con

su conducta es posible que haya querido levantar a sus enemigos de la ciénega y envidia en donde medraban y ponerlos, cordialmente, a su altura, dignificándolos con ese gesto.

\* \* \*

El 27 de diciembre de 1959, a las 7.40 de la mañana, cumplidos setenta años de existencia de obrero de Minerva, muere Alfonso Reyes. Desde algún tiempo su cabellera y barba hallábanse encanecidas, pero no con nieves de Invierno, sino de cenizas del bello árbol de su vida, pino insigne envuelto sin descanso en llamas de intenso, infatigable laborar. Días antes, pidió llevaran su cama —casi por modesta, la de un estudiante de Montmatre de los días de Marcel y de Collin—, al recinto de su biblioteca. ¡Los libros, la fugitiva admiración de las páginas reveladoras, el recuerdo de su “buquinismo” en los muelles del Sena, la riqueza de la inteligencia creadora, convertidas en el oro blanco de la celulosa inmortal, por última vez ante sus ojos! Desde la barca acolchonada, donde iba a dormirse como el capitán de Edgar Poe, en el buque fantasma, sujeta en sus manos frías la rueda del timón, quería, hasta después de inmóvil y yerto en las nieblas del tiempo, saludar a los hombres de la Tierra este ciudadano del Mundo!

Horas antes —me informa mi compatriota Don Alberto Sánchez Orrego, residente desde hace largos años en México— la noche del Sábado último de su vida, avisó a su esposa, con el don profético de los que se acercan al límite de la sabiduría preclara, que ya estaba próximo a morir.

—“Hoy me voy Manuelita. . . —le dijo.

Y cumplió con Azrael, tal como lo hiciera cuando daba su palabra: en perfecto *gentleman*. . .

Los Estados Unidos Mexicanos, desde el Presidente de la República hasta el último “peladito” en divagaciones callejeras sobre los sucesos que conmueven a la patria, sollozó al esparcirse la noticia. Tal vez la gloria no tenga más premio cierto que esa humedad de los párpados para decir ¡adiós! a quienes supieron darle honra al pueblo, y ascender, purificando con

la empinadura ansiosa del espíritu en busca de elevación, el egoísmo humano de todos.

\* \* \*

Voy a terminar estas marginales a la memoria de Alfonso Reyes. Para hacerlo, espigaré de un poemita suyo —*La Canción del Equipaje*—, ciertos versos: unos que dicen así:

No todo ha de ser vivir,  
y vivir para jamás cantar.

Era, pues, un nuevo equipaje,  
que cantaba al hacerse a la mar.

La nave, como era tan leve,  
partía por la vertical.

Los que se quedaban en tierra  
no se lo van a perdonar.

Y ahora, cambiaré el rumbo de este sentir, con otras estrofas; otras, que junto con el pecado de ser mías, llevan el temor de restarle hondura a las recién traídas a memoria. Dicen:

También un día te fuiste  
en un baúl negro a viajar.

Ahora era el viejo Caronte  
el que te invitaba a navegar.

Con los ojos cerrados partiste  
rumbo a la noche letal.

No querías mirar hacia México  
para no ponerte a llorar.

En tu corazón, el cuervo de Poe  
mintiendo graznaba: "¡Nunca más!"

Pero has vuelto... En las playas de América  
te alzas como una torre de cristal.